

Roberto Bolaño

Íñigo García Ureta

Bolaño ha muerto. Bolaño ha muerto para demostrarnos que existe el Más Allá. Ahora habita en el Purgatorio. En el Purgatorio y no en el Cielo, donde se imaginaba asistiendo a un curso impartido por Pascal. No, Bolaño aún no ha llegado al Cielo, y dudo mucho que lo haga: siempre tuvo claro que el valor no residía en ser santo, sino en intentar serlo. De ahí que ahora se haya salvado del curso de Pascal y de la maldición del Infierno donde, como todo el mundo sabe, te obligan a cantar en el karaoke de Fidel Castro.

En el Purgatorio no hay estilográficas, ni papel, ni máquinas de escribir, ni bibliotecas, ni mucho menos ordenadores, y no les queda más opción que decirse lo primero que les viene a la mente. En el Purgatorio, Bolaño fuma con Arquíloco, Kafka, Philip K. Dick, y Sterne. A veces también se pasa Borges. Se dedican a contarse el libro que jamás pudieron escribir. En el Purgatorio, Bolaño persigue a Julio Cortázar y le repite hasta la saciedad un viejo aforismo del pintor Braque: “Hay que escoger: una cosa no puede ser verdadera y verosímil al mismo tiempo.”

En la Tierra llevó una vida inverosímil. Murió lejos de Chile. Viajó, folló, e hizo la revolución como quien juega a la ruleta rusa con una pistola automática. Aunque se negó. A ser un exiliado. A una muerte joven y gloriosa. Como escritor también se negó. A una fama provinciana. A separar literatura y vida. A dejar de escribir la misma novela, una y otra vez. El resultado hace palidecer a un ventrílocuo y es atroz, en sus páginas todos invierten todo su valor en una empresa inverosímil. Como escritor no ha muerto.

Ahora se ha mudado al Purgatorio. Como muerto se niega a ser nada salvo poeta. Como poeta confiesa que lo que de verdad le gustaría es ser detective de homicidios, “alguien que puede volver solo, de noche, a la escena del crimen, y no asustarse de los fantasmas.” Como detective se niega a volverse loco—todo loco no es sino un santo—y se niega a ser santo porque, como ya he dicho, basta con intentarlo.

El Purgatorio es un sitio que en casi nada se diferencia de la Tierra, salvo que aquí tenemos papel, estilográficas, y ordenadores para que todo parezca verosímil. Allí no pierde la esperanza. Admira el valor, aunque el valor le recuerda a un juego tabernario que se inventó Lichtenberg, un juego donde nada se gana y nada se puede perder.

Roberto Bolaño

Íñigo García Ureta

Translated by Daniel Connor

Bolaño has died. Bolaño has died to show us that the Great Beyond exists. He now dwells in Purgatory. In Purgatory, not in Heaven, where he pictured himself attending a course taught by Pascal. No, Bolaño has not reached Heaven yet, and I doubt very much he ever will: he always understood that there was no value in being a saint, but in trying to be one. He has therefore been spared Pascal's course and the damnation of Hell, where, as everyone knows, they make you sing in Fidel Castro's karaoke bar.

In Purgatory there are no fountain pens, or paper, or typewriters, or libraries, least of all computers, and there is no other choice but to say the first thing that pops into your head. In Purgatory Bolaño smokes with Archilochus, Kafka, Philip K. Dick, and Sterne. Sometimes Borges drops by. They talk about the book they could never write. In Purgatory Bolaño pursues Julio Cortázar while reciting to death one of the painter Braque's favorite sayings: "You must choose: a thing cannot be true and likely at the same time."

On Earth he led an unlikely life. He died far from Chile. He traveled, fucked, and waged the revolution like one who plays Russian roulette with an automatic pistol. And yet he refused. To be an exile. To die a young and glorious death. As a writer, too, he refused. A provincial fame. To separate literature from life, to stop writing the same novel, again and again. Any ventriloquist would blanch at the outcome: his work is atrocious; in his pages everyone invests all their worth in an unlikely cause. As a writer he has not died.

Now he has moved to Purgatory. As a dead guy he refuses to be anything but a poet. As a poet he admits that what he'd really like is to be a murder detective, "someone who can return alone, at night, to the scene of the crime, and not be afraid of the ghosts." As a detective he refuses to go insane—every madman is not but a saint—and he refuses to be a saint because, as I've already said, it's enough just trying to be one.

Purgatory is a place that differs little from Earth, except that here we have paper, fountain pens, and computers so that everything appears likely. There, he doesn't lose hope. He admires courage, even though courage reminds him of a parlor game invented by Lichtenberg, a game where nothing is gained and nothing can be lost.